



perstar» es una voz, una voz clamante para que este país deje de ser troglodita. El espectáculo es hermoso porque significa un compromiso con el arte y con la sociedad española, al margen de su «divina proporción», como decían en el Renacimiento. A la entrada del teatro, los focos de la televisión, que tiene sus personalidades favoritas, iluminaron la ajamónada silueta de Lola Flores, folklórica y triunfal, mientras un público al que no le han dado otra cosa, un público menestral que estaba allí al olor de las famas ajenas y no para entrar en el local, aclamaba a la ilustre Lola de España, a la bravía por antonomasia. ¡Ella sí que es una «superestrella»! Y si no que lo diga don José María Pemán, que le ha hecho unos versos preciosos. ■ ALBERTINA.

De los cantares de gesta a Marcelino pan y vino

Siempre hay una civilización occidental que nos comprende. No falta la verdad por boca de misino, o de mesiánico seguidor de Reagan, o de anciana escritora a «Time», que ponga de relieve nuestra aportación cultural e histórica al acervo. (Niño, ponle de atrás al «acervo», que «cul-

tural» ya lo he dicho. Niño, que le pongas algo, deja ahora ese seiscientos, que no lo van a venir a recoger hasta las siete, y añádemelo del «acervo» que lo tengo empantanao).

Así es. Mal que le pese a la masonería, nuestros poetas, ideólogos, dramaturgos y artistas son apreciados y valorados en todo el

mundo. Baste señalar los casos de José María Pemán, Fuego Alvarez, Suevos, Alfonso Paso y García Nieto.

Por eso, aunque pase lo que esté pasando con las elecciones municipales, con las leyes perniciosas y con el disgusto que tiene Matón Ki-Ki (ssinger), Italia sigue siendo Italia: «El teatro Bernini de Roma está buscando un niño idóneo para interpretar el papel de Marcelino». Y no se trata de una obra basada en la infancia de Marcelo Mastroianni, cuando éste se aprestaba a examinarse de bachillerato para iniciar con ilusión sus estudios de ayudante de juzgado (ver dominical en colores de cualquier periódico diario). No. Se trata de poner en escena esa obra maestra de nuestra literatura que es «Marcelino Pan y Vino» con un Paolito Calvo adecuado a los tiempos que corren, capaz de llevar con todo ternurismo el pantalón de niño pobre que se sostiene de un solo tirante. (Es bien sabido que los niños pobres se distinguen de los ricos en que los primeros poseen un único tirante, y los segundos dos.)

Sin duda, el escéptico y politizado pueblo de Roma comprenderá muchas cosas cuando acuda al teatro Bernini. Comprenderá que en un municipio izquierdista es imposible que unos simpáticos frailes recojan a un tierno niño

abandonado que hablará y dará de comer a una imagen.

Roma volverá a ser lo que era. Se pondrá piso en la Plaza Venecia a todos los honorables miembros de las Bandas Negras, águilas y tal, tachún, tachún. Y nosotros, una vez más, habremos dejado nuestro poso cultural y humanista en la silla de la pista. ■ RECOLETOS.

Biri - Biri, pobrecito...

Alhaji Momodo Njie ha dicho: «Me gusta mucho España. La gente aquí es muy cordial y efusiva. Yo estoy muy agradecido a la afición sevillista. Me hace constantemente objeto de su atención. Mi familia también está contenta aquí. Porque en España no hay problema racial...».

Eso es lo malo, que no hay problema racial. Pero Biri-Biri (que así se llama en nuestro fútbol Alhaji Momodo Njie, un gambiano de veintiséis años que antes de dedicarse a la pelota se ganaba la vida en su país como técnico naval especializado en construcción de maquinaria) sufre el peor de los racimos: el de «pobrecito

LA SEGUNDA MUERTE DE PASOLINI

Ahora Pasolini ha muerto. Asesinado de una forma brutal y oscura. El que fuera uno de los hombres más inteligentes y provocadores de la cinematografía italiana, uno de los poetas y escritores más lúcidos y resueltamente abocado a las complejidades de un tiempo nada grato ni sencillo, ha dejado —radicalmente— de existir. Con él desaparece una forma de entender el combate de la cultura por la libertad, una manera de sincerar las pasiones humanas en orden a una época poco propicia —desde cualquier ángulo— a reconocerlas... Ha muerto no sólo un crítico de nuestro tiempo, sino quien proponía un hábito nuevo donde desde el compromiso político hasta las más ocultas pasiones formaran un todo único y coherente...

La muerte de Pasolini ha sido recogida por la prensa española con gran despliegue de titulares y fotografías: ha habido incluso notas necrológicas donde se cuenta como la muerte de Pasolini guarda una relación ineludible con su obra. Cómo hasta el decorado de su asesinato había sido elegido por él en muchas de sus películas para hablar precisamente de las estructuras que determinan la posibilidad de que ese tipo de asesinatos existan... Todos han corrido a señalar la importancia de su desaparición y la irrepetible personalidad que Pasolini proyectó en su obra... Pero pocos o ninguno han señalado que esa obra había sido ya asesinada entre nosotros. Los que incluso se refieren a las películas que Pasolini realizó sobre el barrio donde ha visto la muerte, olvidan indicar al lector que esas mismas peli-

culas no tuvieron acceso a la cultura española. Y los que se admiran de la última trilogía que realizó —la trilogía de la vida— ocultan que esa comunicación vital y espléndida de las películas fue prohibida en España...

Pocas cosas tenemos nosotros que contar de Pasolini. Poco hemos podido contagiarnos de ese talento que ahora tanto lamentamos que haya desaparecido. Para algunos, en cambio, su forma de morir es una buena razón para justificar la ignorancia a la que hemos sido obligados. Como si esa ignorancia no fuera ya en sí misma una forma de muerte más atroz que la anecdótica que Pasolini ha sufrido. Los datos biográficos de una ficha impersonal poco puede reemplazar lo que hubiera sido un contacto directo con la invitación que Pasolini nos proponía en sus películas: una invitación a vivir limpia y libremente, con conciencia de nuestros problemas y con una necesidad fundamental de afrontarlos con todos los condicionamientos y posibilidades de nuestra humanidad...

No hay por qué lamentarse de la muerte de Pasolini si antes no nos hemos lamentado de su ausencia, de su auténtica muerte que nosotros, los españoles, adelantamos. Si aun ahora tuviéramos oportunidad de conocer esa obra quizá podíamos entender las lágrimas cocodrileras de algunos periódicos. La muerte de un hombre como Pasolini no es la que ahora ha sufrido, sino el taponamiento mojigato a las obras que realizó... ■ DIEGO GALAN.